

vado por esto de los bienes eternos; si llorais la ceguedad de los hombres, que engañándose en el negocio de la bienaventuranza, ó de su salvacion, ordinariamente les sucede, ó desear lo que no pueden tener, (y este es un tormento) ó tener lo que no debieran desear, (y este es un error) ó no amar lo que convendria amar, y desear unicamente, (y esta es la mayor de todas las desgracias.)

Ved aqui como se busca la bienaventuranza en donde no está, y como se dice: *Bonum est nos hic esse*. Veamos para nuestra instruccion, quienes son los que no la buscan como conviene, y à quienes se les puede decir, *nesciebat quid diceret*.

PUNTO SEGUNDO.

SI se huviese de juzgar de las palabras, y de las intenciones de San Pedro sobre el Tabor, por las reglas de una razon, y de una sabiduria comun, parece que nada hay en ellas que no sea virtuoso, y loable. Deseó ser feliz, ¿pues hay cosa mas natural? No pone su felicidad en las grandezas, ó en las fortunas del mundo, sino en la vista, y en la contemplacion de Jesu-Christo; ¿hay cosa mas Santa? Por deseo que tenga de hacer esta dicha durable, con todo eso, nada quiere sino con el beneplacito de su Maestro: *Si vis*, si quereis, Señor ¿pues hay cosa mas razonable, ni mas sumisa? Sale como fuera de sí mismo (dice San Leon) y se eleva sobre todas las cosas criadas, por un exceso de amor, de alegria, de deseo, y de admiracion de las eternas; ¿hay cosa mas noble? Y con todo eso, el Espiritu Santo nos enseña por sí mismo, que no sabia lo que se decia: *Nesciebat quid diceret*.

De este modo discurren la mayor parte de los Christianos: No hablo aqui de aquellos que viven en los excesos; que estan vendidos al pecado (segun los terminos

de la Escritura) que hacen su Dios de sus pasiones; que se han entregado à sus deseos profanos, y han ahogado los remordimientos de su conciencia; hablo de aquellos que viven una vida bastante arreglada, y que de quando en quando parece que estan tocados de Dios; que le piden todos los dias que venga à ellos su Reyno; y reconociendo con San Pablo, que no tenemos aqui morada fija, se han convencido de que es necesario trabajar por el Cielo: Y digo, que la mayor parte de estos, por buena intencion que crean tener, se engañan ellos mismos, y que deseando su salvacion, pero no deseandola como conviene, se puede decir de ellos como del Apostol, que no saben lo que se desean. Veamos lo que el Evangelio reprehende en él, y reconozcamos nuestras ilusiones en punto de la salvacion, y de la bienaventuranza que pretendemos.

¿Qual es, pues, el defecto de San Pedro? Es (dice San Chrysostomo) que la propuesta que hace de quedarse en el Tabor, no tanto proviene de un deseo constante de estar con Jesu-Christo, como del placer que siente en verle de aquel modo glorioso. Es un fervor pasajero que una consolacion exterior hace producir, y que resfriará la primera persecucion. Quiere gozar de la bienaventuranza, y emplearse en la vista de Jesu-Christo; pero luego que halla alguna dificultad, ó algun peligro en seguirle, temblará, se retirará de él, y le negará. ¿No reconoceis vosotros en esto aquellos deseos superficiales, y aquellas voluntades interesadas, y debiles que nos vienen de salvarnos, y de gozar de la felicidad de los Santos? Y si se considera esta bienaventuranza en sí misma; ¿hay cosa mas grande? Es la verdad contemplada sin velo, y sin nube; es la caridad sin mezcla alguna de amor proprio; es la vista de Dios no por imaginaciones, y enigmas, sino descubiertamente, y cara á cara. Es el gozo de un bien eterno, é infinito, que se ama ardientemente, si pero sin inquietud, que siempre se posee igualmente pero sin algun disgusto. Es la felicidad del hombre, que en la

sustancia es del mismo orden que la de Dios, porque así como Dios solo puede hacerse feliz, y su felicidad no podría ser inferior á lo que él es, así tambien él solo puede ser su felicidad, y ser á un mismo tiempo la felicidad de las criaturas racionales. Digamoslo en una palabra. Ese Dios mismo que nos hace semejantes á sí para hacernos capaces de sus comunicaciones eternas, nos da á gozar en nuestro cuerpo, y en nuestra alma de los bienes divinos, é incomprendibles que ha preparado á sus escogidos.

¶ Pero como por un orden de la Providencia de Dios las cosas mas elevadas son tambien las mas dificiles, la corrupción de la naturaleza, las preocupaciones de la costumbre, y las relaxaciones del siglo. forman sin cesar obstaculos á nuestra salvación. Es necesario tener (dice San Agustín) un deseo constante, y entero, querer fuerte, y plenamente, *fortiter, & plene*; fuertemente; porque es necesario juntar el trabajo, y las buenas obras al deseo, y á la esperanza; plenamente, porque es necesario reducir estos deseos, y estas buenas obras á un solo, y ultimo fin; fuertemente, porque es necesario vencer los obstaculos que se encuentran; plenamente porque es necesario recoger todos los frutos de las gracias que Dios nos ha hecho; fuertemente, porque Dios se dá á titulo de recompensa; plenamente, porque se dá á titulo de bienaventuranza. No obstante, si examináis ese deseo que la mayor parte de los Christianos dicen que tienen de conseguir su salvación, hallareis que es una reflexion del espíritu, y no un movimiento de la voluntad; es un testimonio que se dá de que hay una bienaventuranza, y no una resolución que se tiene de hacer todo lo que conviene para conseguirla. Es un ayre de Religion, que la decencia quiere que se dé quando enteramente no se ha renunciado á Jesu-Christo, y á su palabra. Es una reliquia de fé que la vista de algun objeto sensible acaso habrá suscitado. Es el objeto de una devoción mas sensible que sólida, que produce por intervalos ciertos

gustos espirituales en una alma, por otra parte tibia, é indiferente.

Desean en general el salvarse, pero no trabajan jamás en particular; es un proyecto vago de corregirse, y de reformar sus costumbres, que siempre se queda en el pensamiento, y jamás se pone por obra; porque el mundo está lleno de gentes bien intencionadas, que jamás efectúan sus buenas intenciones que conocen la verdad, y que no obran la justicia; que condenan todos sus vicios de monton, y jamás castigan uno de ellos en particular; que dicen incesantemente, *quiero, quiero*, y á la menor dificultad que se les presenta ya olvidan lo que han querido; valientes en palabras, y cobardes en la ocasion; pacientes, y sufridos quando nada tienen que sufrir; humildes quando nadie los desprecia; castos quando no son tentados; justos quando no se atraviesan sus intereses; caritativos quando no les cuesta nada. Pero sea preciso vencer un movimiento de ira que los transporta, ceder un poco de sus derechos para mantener la caridad christiana, y cercenar un poco de ese luxo que arruina á una familia, preferir el amor de la justicia á su interés, ó al de un hombre á quien estiman; ya no hay mas humildad, ni mas equidad; ni mas caridad, ni mas paciencia; desvanecese el deseo de su salvación como una nube, y pasa como el viento, dice la Escritura: *Quasi ventus desiderium meum, & velut nubes pertransit salus mea*; (a) y lo mas deplorable es, que muchas veces se creen virtuosos, porque han formado cierta agradable idea de la virtud, y dejan vivir sus pasiones á favor de una resolución imperfecta que forman de quando en quando de romperlas; y muy de ordinario sucede, que vacíos de buenas obras, y poseyendo su alma en vano, viven, y mueren en este estado sin haver hecho otra cosa por su salvación, que haver tenido en ge-

(a) Job 30. v. 15.

neral algún pensamiento, y algún deseo de salvarse.

El segundo defecto de la propuesta que hace San Pedro á Jesu-Christo, es, que quiere hacer él mismo su suerte, y eximirse de las ordenes de la Providencia de Dios sobre sí; quiere quedarse á los pies de Jesu-Christo, estando destinado á predicar su Evangelio, querría mas contemplar su rostro resplandeciente, en lugar de pensar en la conversion de los Pueblos, á la qual era llamado, piensa en su dicha particular. En visperas de la Pasion de su Maestro, en que debia prepararse á la persecucion, y al sufrimiento, quiere vivir en las consolaciones que tiene de Jesu-Christo, y en una ociosa contemplacion de su Gloria; y así sale de los limites de su condicion, y de su estado: *Nesciebat quid diceret.* No es este el error de la mayor parte aun de aquellos que hacen profesion de piedad? Quieren distinguirse, singularizarse, y hacer diferentes personajes de los que Dios quiere que hagan.

Es cierto, y toda la Escritura nos lo enseña, que dentro de la misma Religion hay vocaciones, y condiciones diferentes, que tienen sus virtudes, y sus obligaciones proprias, y proporcionadas. Dios lo ha querido así (dicen los Padres) para que toda suerte de hombres sirvan á los fines para los quales han sido destinados; y así como en la creacion del mundo mandó á las plantas que cada una llevase el fruto segun su especie, así tambien en la economia de su Iglesia ha mandado á todos los Christianos hacer frutos de buenas obras, cada uno segun su vocacion particular. En lo qual hace ver los diferentes efectos, ó (segun los terminos del Apostol) las diferentes formas de su gracia, que se comunica tan diversa, y tan abundantemente. Tambien es cierto que Dios conduce á sus escogidos por medios conformes al estado en que los ha puesto; que ha ligado su salvacion á estos medios, y que la perfeccion de cada uno consiste en las practicas de las virtudes que le convienen en su profesion; pero no obstante, no hay tentacion mas peligrosa, ni mas comun que

qué la de querer salir de los limites de su estado con apariencia de mayor bien que se cree poder hacer; porque se apodera del espíritu humano no se qué inquietud en el camino de su salvacion, que hace sentir dificultad en mantenerse en el orden en que Dios le ha puesto, y en que se debe estar. Los que estan destinados al retiro, quieren, con pretexto de una caridad desordenada, renovar el comercio con el mundo. En lugar de pensar en su salvacion particular, quieren hacer ver que son capaces de trabajar en la de los demás; y así embarazandose insensiblemente en los negocios del siglo, de que debieran estar separados, y queriendo sin vocacion salvar las almas de los otros, vienen á perder la suya. Los que son llamados á la accion, y al servicio del proximo, quieren importunamente hacer de contemplativos. Y de este modo un Magistrado con pretexto de Oracion, y de piedad se hace molesto, é inaccesible á los que tienen necesidad de su ayuda, y ocupandose en meditaciones que Dios no le pide, cansa la paciencia de los miserables, reusandoles, ó dilatandoles la justicia que les debe hacer. Del mismo modo, una muger, cuya vocacion es contentarse con los cuidados, y las obligaciones de su familia, va muchas veces de Iglesia en Iglesia, y de Director en Director; y entrando en todas las juntas de devocion que se presentan, no descuida sino de lo que la obliga, que es el criar sus hijos, y arreglar su familia.

Nada hay tan comun como estas obligaciones tomadas fuera de regla. Buscarse no lo que conviene, sino lo que agrada, y lo que brilla mas. Cada uno quiere ser Christiano, no segun su vocacion, sino segun su humor; desprecianse las verdaderas obligaciones por formarse otras á su fantasía. De aqui nace, que se fatigan, y se consumen vanamente; que no tienen ni el merito de su estado, ni el de los otros; y se parecen á aquellos arboles que transplantados fuera de tiempo no echan raíces, ni en la tierra de donde han sido sacados, ni en la tierra en que se han puesto. De este mismo principio de error provie-

nen esas devociones irregulares que se ven todos los días. Haránse austeridades de supererogacion, y se dispensarán de las que estan mandadas. Daránse voluntarias limosnas, y no se podrán resolver á pagar sus deudas. Asistirásen á los pobres de los Hospitales, y se abandonarán sus criados. Hacesse escrupulo de las virtudes que no se practican, y un defecto de las que se practican; y separando, digamoslo así, á Dios de Dios mismo, se querrá exercer su caridad, y no se temerá el ofender su verdad, ó su justicia. Asi se dejan muchos sus legítimas obligaciones por observancias supersticiosas; y saliendose de las líneas que la Providencia les ha señalado, se forjan un pecado de las que no practican, y un defecto de aquellas mismas que practican; y queriendo hacer mas de lo que es de su obligacion, se apartan de su obligacion misma.

El tercer error de San Pedro es, (dice San Bernardo) que quiere participar de la Gloria de Jesu-Christo antes de tener parte en su Pasion, y sus sufrimientos, y de este modo invertir el orden establecido por Dios para la conducta de sus escogidos. Los ha llamado, (dice San Pablo) y los ha destinado á ser conformes á la Imagen de su Hijo. Pero como fue preciso que Jesu-Christo sufriese antes de entrar en su Reyno, ha dispuesto, que los que le pertenecen lleguen á su Gloria por las penas de esta vida, ya para experimentar su fidelidad, ya porque siendo esta Gloria el fruto de los sufrimientos de Jesu-Christo Crucificado, debemos adquirirla por los mismos medios que nos la ha merecido; ya porque la Providencia de Dios, que nos ha querido imponer la necesidad de trabajar en nuestra salvacion, nos ha querido tambien excitar á vencer los obstaculos que se encuentran en ella por la esperanza de una eternidad bienaventurada. Y así, todas las expresiones de que la Escritura se vale para denotar esta gloria comprehenden lo que es necesario hacer para conseguirla; y casi no se podría definir, sino por las penas que cuesta. Porque ¿qué es la gloria que

que Dios prepara á los Bienaventurados? Es una recompensa; luego es necesario haver servido para obtenerla. Es la corona de justicia; luego es necesario haver combatido los enemigos de nuestra salvacion. Es el Reyno de los Cielos; y Jesu-Christo nos enseña en el Evangelio, que es necesario conquistarle, y arrebatarle con violencia. Es la bienaventuranza; y Jesu-Christo la aplica en esta vida á la pobreza, á la humildad, y á la paciencia. Luego indiscretamente, y sin razon, (dicen los Padres) se quiere recoger el gozo de la retribucion en la eternidad, si no se ha sembrado en las tribulaciones en este mundo, y si en las tentaciones que nos rodean no se ha pedido á Dios la paciencia antes que la felicidad; porque el tiempo del trabajo, y del sufrimiento debe preceder al del reposo, y de la gloria.

Pues, Señores, consultad la mayor parte de los Christianos, y os dirán que aspiran á la eternidad; que el Cielo es el objeto de su esperanza; que tienen como los demás sus deseos, y sus pretensiones á la Bienaventuranza, pero examinad su vida, y vereis que si la mortificacion, y la penitencia son los medios de arribar á ella, no van por los caminos que es necesario. El espíritu del mundo, la sensualidad, y la delicadeza particularmente reynan en ellos; la Quaresma ya casi no es mirada como una Ley, y como una disciplina de la Iglesia, á la menor incomodidad, y esa las mas veces imaginaria, sobre una atestacion mendigada, sobre una dispensa mal obtenida, sin escrupulo se renuncia el ayuno. Esa complexion que sufría tan facilmente las fatigas del mundo, se debilita de repente á solo el nombre de penitencia; las largas vigiliass, y desvelos, nada costaban antes de Quaresma, luego que la Quaresma llegó, una pequeña interrupcion de sueño parece mortal, es necesario cuidarse, y tomar sus precauciones. La dieta que dispusiese un Medico, sería observada; la abstinencia que dispone la Iglesia se tiene por molesta, se tendría cuidado de su salud, y nada se

caída de la conciencia. Aun aquellos mismos á quienes ha quedado un poco mas de Religion en el mundo; ¿como observan el ayuno? Ya se ha hallado medio de abolirle, haciendo parecer que se practica; conviertese en deleyte lo que la Iglesia ha concedido à sola la necesidad de los Fieles; mudase de alimento, y se busca el regalo; en lugar de que segun el espiritu de la Ley, ni aun convendria saciar su hambre, se quiere satisfacer su gusto; y este tiempo que es un tiempo de pena, y de afliccion para todos, ha llegado á ser para los ricos del siglo, ocasion de una nueva especie de intemperancia. Y en quanto al ayuno espiritual, que tanto han encargado los antiguos Padres, y consiste en la privacion de los placeres; ¿quien hay que haga reflexion de ello? Al contrario, mas deseo se tiene de ellos. Considerase á la Quaresma como un tiempo enfadoso, y triste, que es necesario trampearle como se pueda, correse por la tarde à la diversion del teatro para desenfadarse de un Sermon, que acaso se oyó por la mañana por ociosidad, ó por decencia. ¿Y quantas almas mundanas se asustan ya de la amenaza que se les hace de quitarles estas diversiones en un tiempo en que es necesario ocuparse en los mystérios de Jesu-Christo, y en las practicas de la penitencia?

En fin, Señores, lo que el Evangelio reprehende en San Pedro es, que quiere detenerse en el Tabor, como si huviese arribado á su perfeccion; lo que hace decir á San Chrysostomo: ¿Qué decís Pedro? ¿Creeis haver consumado la obra de vuestra santificacion? Todavia teneis una carrera muy larga que andar; debeis ser Apostol, Pontifice, y Martyr de Jesu-Christo, y el Ministro soberano de su Iglesia; para enseñarnos, que es una ilusion hacerse un plan de piedad, sobre el qual no quiera uno elkvarse. Por eso la Escritura nos enseña, que es necesario adelantar siempre en los caminos de Dios; que la verdadera virtud no se detiene en un termino, ni se limita por el tiempo; que el justo vá siempre de bueno á mejor, y jamás dice, *basta*; que el espiritu del hombre

ja-

jamás permanece en un mismo estado, que es necesario que crezca, ó que disminuya en virtud; que el no adquirir es perder, y disipar el no recoger con Jesu-Christo; y que en fin, sucede lo mismo en la Religion, que en aquella escala mystica de Jacob, en que los Angeles subian, y bajaban; esto es, que no hay medio (dice San Bernardo) entre el fervor, y la relajacion, entre el progreso, y la decadencia. No obstante, descuidase mucho; siempre se cree haver hecho bastante; no se aspira sino á una mediania de virtud, con la qual se juzga que infaliblemente se asegura la salvacion. Mirase á los mas imperfectos, y se hace una conciencia de comparacion, por la qual se prefiere uno à los demás. En los bienes de fortuna siempre se mira à los que son superiores á sí, á los mas poderosos, á los mas felices, á los mas ricos, con el fin de excitar su codicia, y apartar su vista de su indigencia, pero en los bienes espirituales siempre mira á los que son inferiores á sí, á los que son menos justos, menos caritativos, à los menos pacientes, á los menos sufridos, á fin de lisongear su orgullo, de disminuir sus obligaciones, y de autorizar su relajacion. ¿Pues no tengo yo motivo de decir á los que quieren arribar por estos medios à la bienaventuranza, como el Evangelio dice de San Pedro, que arriesgan su salvacion, y que no saben lo que se dicen, ni lo que se hacen? *Nesciebat quid diceret.*

Dichoso, pues, aquel que busca la bienaventuranza donde conviene. Pero mas dichoso el que la busca como conviene; y fijando sus pensamientos, y sus deseos en las promesas que le hace la fé, acomoda su conducta á las reglas que la fé le muestra, y de este modo se pone en estado de merecer el cumplimiento de lo que le promete, y lo que yo os deseo. *Amen.*

SER-